

Espejos. Ni un músculo del aire reacciona ante nuestra espera. Nuestros gestos se anulan en la equivalencia de las profundidades. Una barca y su pescador remando al revés. Un campesino, sentado en su mula, camina sobre las aguas, después se desliza entre las rocas, sin perturbar en nada a los asfodelos. Desde el pueblo un olor de colada y gritos de mujeres escalan el cielo. Miles de años de luz tirados sin un pliegue sobre la piel lisa del mar.

En el cielo de Patmos, un atardecer: águilas perdidas en las llamas de un vuelo de ángeles exterminadores. Puedes dormir allá en lo alto, en tu gruta, bajo los iconos ahumados. Siempre se encuentra a alguien que vela en las orillas divididas de la palabra.

Octubre. 1971.

A Yorgos Seferis, tan presente, ya no lo volveré a ver.

La voz un poco cascada, sorda, retenida por no sé qué asombro profundo, qué meditación inacabada. La mirada se posa detrás de mí sobre un horizonte que no conozco. «Tú sabes, tú sabes», ríe, y su risa parece remontar de una zambullida en el mar, de una ciudad sepultada, «tengo que contarte esto». Un gesto pesado, como para despachar el suceso apremiante, una apariencia.

Estamos en la calle Agras, junto al estadio donde «corren las tres jóvenes amazonas que sudan», en esta casa borrada casi en la cal de las islas, en esa habitación donde él tiene los libros y un escritorio de cara a un pequeño jardín de diez pasos, con el álamo cuyas hojas, cuando la luna está llena, dibujan «pasos negros sobre el muro blanco». Muchos dibujos de la Gorgona que detiene las naves y arroja ante los capitanes su pregunta: «¿Está vivo el rey Alejandro?» Si el capitán tiene la mala suerte de contestar «No, está muerto», su barco es hundido en el acto.

Hablamos, callamos. Miro un lienzo de luz arrojado sobre el suelo. Bebe-mos un café «metrio» en compañía de Maro. Tomo entre mis manos un muñeco hecho con trozos de madera que han recogido en la orilla. «Me gusta construir cosas», dice Yorgos, «sabes, es lo mismo con la palabra.»

He leído, recientemente, su ensayo sobre Cavafis y estoy intrigado por esa atracción-repulsión que percibo en su cara a cara con el poeta de Alejandría. Juego a psicoanalista. Me dice: «Sabes, los psicoanalistas han hecho un montón de análisis muy profundos sobre Cavafis. Yo hubiera preferido un buen horóscopo.»

Uno de los temas sobre los que a él le gusta volver es su lengua, la más vieja y la más joven de todas. «Ella lleva consigo las huellas de los gestos

y de las actitudes repetidas a través de los siglos, justo hasta nosotros», dice Yorgos. Le he escuchado hablar muchas veces con los taxistas, con los campesinos. Palpaba esa lengua hablada como se palpa un cayado o una fruta. Siempre a la búsqueda de expresiones, de imágenes que vienen de muy lejos, en camino, quizás, desde Homero o los evangelistas. A la búsqueda, también, de toda tradición oral. Así, en Delfos, un campesino le dijo cerca de la fuente de Castalia: «Aquellos plátanos son los que plantó el mismísimo Agamenón.» –«¿Agamenón?» pregunta Yorgos estupefacto y embelesado. El campesino lanza una mirada condescendiente sobre ese ignorante que se ha encontrado en el camino. «¡Claro que Agamenón!», contesta, «¿quién iba a ser si no?»

He tenido un sueño extraño, me dice una mañana mientras miramos desde lo alto de una terraza frente a la Acrópolis. Yo volvía de un largo viaje y llego a la Acrópolis en medio de una locura en la que no conocía a nadie y nadie me conocía. ¿Por qué este barullo? le pregunté a la gente de alrededor. Entonces alguien me explica que hay una subasta y que si la firma americana de dentífrico la gana, Grecia va a poder emerger durante decenios de sus problemas económicos. Y efectivamente, veo entre las columnas una mesa cubierta con una tela verde y, detrás de la tabla, un hombre barbudo, con gafas, vestido completamente de negro, un martillo de marfil en la mano. Tenía el aire de un cirujano... Pero, ¿qué es lo que se va a subastar?, le pregunto. El mismo buen hombre me explica que el gobierno, para salir de la crisis, ha tenido la idea genial de poner en venta el Partenón. Esas viejas piedras, dice él, ¿para qué pueden servirnos? Y en el mismo instante el martillo golpea y las gentes gritan alrededor: ¡Adjudicado! ¡Adjudicado! –Los americanos lo tienen, grita mi vecino fuera de sí. Después la locura se disipa y me encuentro solo. Vi el Partenón horriblemente mutilado, sin frontón y sin cornisas, sus columnas estaban talladas en forma de tubos de dentífrico en colores gritones. Me levanté en la cama, aullando.

Iremos a Delfos, quizás en mayo, cuando entre las piedras aparecen malvas y amapolas. Antes de llegar, un poco después de Livadia, hay un cruce. Ningún poste indicador, ninguna inscripción. Nadie se detiene. Aquí se cruzan los senderos de la historia y los de nuestra vida emotiva. Aquí, Layo y Edipo intercambiaron palabras muy vivas. Aquí Layo encontró la muerte de la mano de su hijo, que había preguntado a la Pitia.

Delfos, el santuario, la Pitia. Pitón: corrompo. Apolo acaba con el terrible dragón de las tinieblas subterráneas, el llamado Pitón, y lo deja pudrirse en el lugar. «Buena tierra, me dice Yorgos, para las grandes virtudes de Apolo.» Y hablando de Edipo: «Estamos más preocupados por las defini-

ciones y los símbolos que los antiguos por los eructos de la Pitia». Un silencio, después añade: «Ya nada hay de Edipo, ni de la Pitia, salvo un *complejo*. ¿Qué es mejor? No lo sé.»

Subimos hacia el templo de Apolo. Nos detenemos ante el muro que sostiene la terraza, ese muro con grandes piedras hexagonales, irregulares, que se ajustan como si misteriosamente hubieran gobernado el azar. Yorgos las mira largo tiempo en silencio, después me dice: «¿Sientes el movimiento de los obreros en tus manos?» Silencio otra vez. «¿Recuerdas aquella página sin puntuación ni párrafos de Makriyannis que viste en mi casa? Tiene el mismo ritmo que este muro.»

Mientras nos acercamos al santuario recuerda una historia contada por Plutarco. Un día dos extranjeros, gente importante, llegaron al santuario para interrogar al oráculo. Los sacerdotes hicieron la prueba habitual con una cabra para saber si el día era propicio o no. La cabra que rociaban con agua debía temblar para establecer el acuerdo de los dioses. Ese día la cabra no tiembla. Resulta difícil quedarse con ese fracaso delante de personas de tanta importancia. No dudan, entonces, y lanzan una verdadera ducha sobre la cabra, que esta vez sí se digna a temblar. Después hacen descender a la Pitia, que plantea aún más reticencias. Desde que dice sus primeras respuestas, su voz se vuelve salvaje, desarticulada. Está como un barco atrapado en la tempestad. Al final, totalmente extraviada, se precipita al exterior.

Pasamos por delante de la casa del poeta Sikelianos, muerto en 1951. Un día, durante su larga enfermedad, Yorgos va a hacerle una visita, y llega justo cuando acababa de tener una pérdida de conocimiento. «He tenido una experiencia formidable, le dijo, he visto la oscuridad absoluta. Era muy bella.»

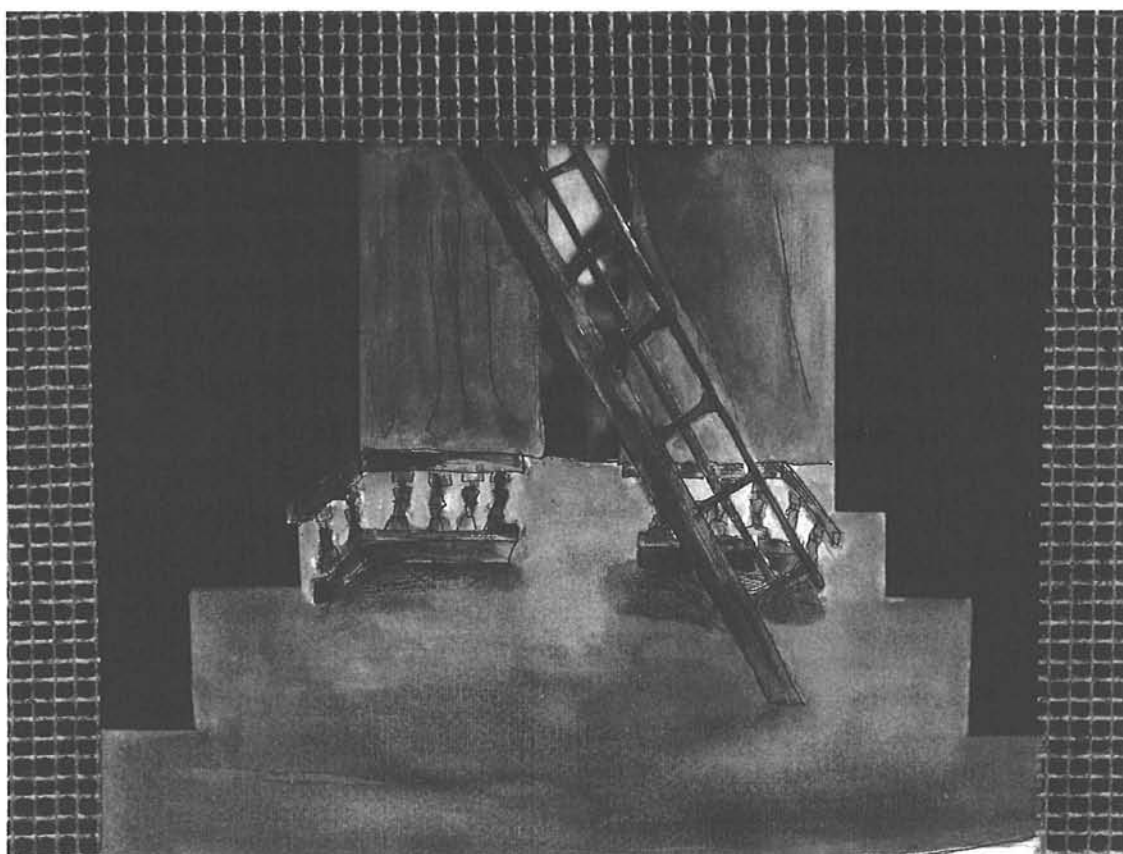
El auriga. Usted lo conoce. Sus mechadas ordenadas con precisión detrás de la diadema, la pinza del pelo delante de las orejas, el centelleo horizontal de los pliegues alrededor de la espalda, las olas delante del pecho, después la caída vertical a partir de la cintura, la perfección de los pies. La ligera elevación de la planta del pie izquierdo, la contracción de los músculos de las piernas, esa *velocidad inmóvil*. Miro los robles arrasados. El abismo acaba de engullir sus cabellos.

Hace años, me dijiste:
 En el fondo soy una cuestión de luz:
 Y ahora aún mientras te apoyas
 en las amplias espaldas del ensueño
 o mientras te sumerges
 en el seno oscuro de las aguas

excavas los rincones donde el negro
se gasta y no resiste.
Y buscas a tientas la lanza
destinada a tu corazón
para abrirlo a la luz².

Traducción de Alejandro Krawietz

² *Poema de Yorgos Seferis que pertenece a «Tres poemas inéditos», traducción al francés de Lorand Gaspar e Yves Bonnefoy.*



Christopher Marlowe: *Fausto*. Versión de Marcos González
Boceto de atmósfera: Casa de Fausto